

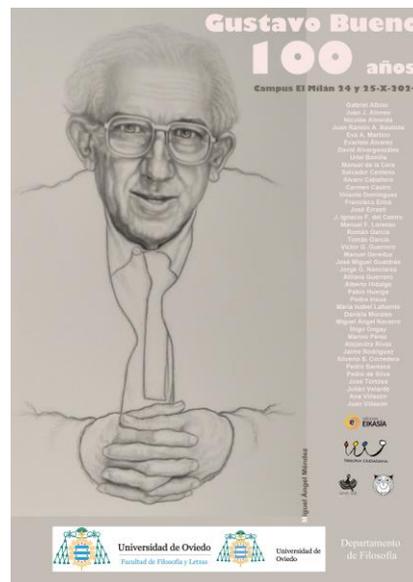
Cinco días de octubre: breve crónica ovetense

Pedro Santana Martínez

Tres días —o más bien cinco— he estado muy sentado; el reloj obsecuente me lo recuerda incansable, como es propio. Y es que los filósofos de las jornadas a las que he asistido no se han mostrado entusiásticamente peripatéticos. Más bien se trataba de llegar al salón de actos de la Biblioteca de Humanidades, en el compacto Campus de El Milán (sic) para asistir o participar en las Jornadas de Homenaje a Gustavo Bueno en el 100.º Aniversario de su Nacimiento, que Pablo Huerga ha milimetrado con una precisión encomiable. Allí pasamos día y medio sentados con la notable excepción del piscolabis (esta palabra experimentó un súbito renacer entre los asistentes tras años de relativo eclipse) ofrecido el primer y el segundo día en la sala de la «Capilla», en que se comió y se conversó, parados los congresistas en corrillos más bien verticales y dotados de cierta movilidad.

Frente o contra mis prolongados asientos, mis dispositivos electrónicos ya habían dado muestras de su impaciencia el miércoles 25, como la darían el domingo 27, punteando el viaje de día y el viaje de vuelta. Levántese usted —me insistía el inteligente de mi teléfono—, que le irá muy mal tanto tiempo sentado y yo vacilante respondía a dónde voy a ir desde este lugar casi emparedado contra la ventanilla del autobús.

A las sesiones de la biblioteca de los días 24 y 25 se sumaron las sentadas de cafés y cenas —no olvidemos los desayunos— y en todas estas ceremonias participamos tranquilos y sedentes y recordamos al filósofo riojano, salmantino y asturiano. Y, si de sentadas se trata, no puedo olvidar en esta breve relación de asientos el sábado día 26 en que, gracias a la amabilidad de Rafael Vázquez, ocupé una silla en la Sala de Cultura de Grado para escuchar a David Alvargonzález y a Íñigo Ongay hablar sobre religión y filosofía de la religión, y más tarde para almorzar y conversar y más conversar, esta



vez sentado a una mesa de las de bien comer (Marino Pérez y Miguel Ángel Navarro entre los presentes), en un día que comenzó nublado y que acabó luminoso.

Que la Universidad de Oviedo acogiese estas Jornadas era para algunos un hecho cargado de significado y seguramente no andaban errados, significado que se resume en que en 1998 tuviera Bueno que dejar la Facultad de Filosofía y Letras después de treinta y ocho años de cátedra como si aquí no hubiera pasado nada, pero que nada extraña en una institución donde reglamentos y burocracias han expulsado cualesquiera otras consideraciones. En algún momento inicial de las jornadas, Tomás García López —que quiso aclarar que acudía allí a título personal y no en representación de la Fundación Gustavo Bueno— expresó con gran pulcritud ante todos los asistentes la relevancia que todo aquello poseía, que en alguna medida podía entenderse como una reparación que en algo reparase pasos mal dados y que supusiera entre otras cosas la vuelta de Gustavo Bueno a esa casa que lo había despedido años antes.

Ahora bien, las Jornadas podrían también resumirse en que los intervinientes allí acudieron, hablaron sabiendo de qué hablaban y dijeron lo que debían decir, de modo que el Gustavo Bueno que allí se evocó o se reconstruyó era un Bueno atinado y pertinente, con el añadido de perspectivas inusitadas y que se deben a personas que lo conocieron en distintos momentos de su vida, y también ciertamente de su primera posteridad.

Porque podría temerse o denunciarse una imagen distorsionada o suavizada, pero de esto no hubo nada. Y aunque, de las fórmulas elegidas, mesas redondas o «coloquios» numerosos que obligaban a una economía temporal espartana y al consiguiente laconismo, se podía temer que condujeran a cierta simplificación o incluso superficialidad, y por otro lado a una polifonía que podía acabar demasiado mal arreglada, tal temor se evaporó en cuanto se vio que tales inconvenientes potenciales podían quedarse en eso, contrapesados por comentarios sustanciales y por una dinámica muy ágil y grata.

Tras la inauguración, un primer coloquio fue protagonizado por ocho alumnos de la Facultad —dos de ellos canarios de origen que llegaron *ex profeso* para el acto— quienes se encargaron de sintetizar con gran competencia e incluso brillantez diversos

aspectos centrales de la obra y las obras de Gustavo Bueno. Más tarde, uno de los estudiantes —creo que fue Juan Villazón Vallina— comentó que de la Facultad cada año salía un buen puñado de buenianos, lo que por cierto nos revela que la despedida de Bueno no se consiguió del todo allá a finales del siglo XX, y que el filósofo ha seguido allí durante todo este tiempo, pese a todo, y aún sigue.

Fue tan magnífica impresión la que causaron estos jóvenes que todo lo que le quedaba al programa ya iba a parecer obligadamente segundo plato, y eso pese al interés que pudiera reunir el segundo coloquio, que hizo subir a escena a gentes más bien veteranas capaces de remontarse casi a los primeros tiempos de la cátedra de Bueno. Cada uno de los participantes debía contestar a dos preguntas que reproduzco a continuación. Se encontraban allí discípulos de la primera época de Bueno en Oviedo como Juan Ramón Álvarez Bautista o Isabel de la Fuente, estaba Gabriel Albiac y bastantes más nombres conocidos. Alguien mencionó a los ausentes Vidal Peña y Juan Bautista Fuentes. En varias ocasiones se repitió el nombre de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.

La primera pregunta se formulaba exactamente así: «Cómo comenzó vuestro interés por la filosofía de Gustavo Bueno y qué papel jugó, en su caso, la Universidad de Oviedo en esos inicios?» La segunda se hallaba implícita en este largo rótulo: «Relevancia histórica de la obra filosófica de Gustavo Bueno. Balance general y aspectos específicos que a vuestro entender resultan particularmente relevantes y duraderos en la obra filosófica de Gustavo Bueno».

El buen hacer de los moderadores, Pablo Huerga y Silverio Sánchez, facilitó que el coloquio —afortunadamente para el cronómetro, de eso tuvo más bien poco— no rebasase los límites temporales previstos, lo cual es un logro que no será nunca suficientemente bien ponderado. El interés de las intervenciones, la variedad de lo que se dijo, al contrario que la duración del acto, sí que rebasan y con mucho los límites de esta modesta crónica.

Al despejar el campo, la organización repartió ejemplares de una publicación recién aparecida, *Gustavo Bueno 100 años. Entrevistas y Conferencias* (2024), 130 páginas de intervenciones de Bueno, si no inéditas, difíciles de conseguir.

La tarde, tras el erguido refrigerio, siguió con una visita también pedestante al segundo piso de la biblioteca de la facultad. Allí, en un rincón se había reunido una

colección de publicaciones de Gustavo Bueno y sobre Gustavo Bueno. Evaristo Álvarez Muñoz, director de la biblioteca y el rector de la universidad, Ignacio Villaverde, algo comentaron para ilustración de los interesados y tenue enfado de los estudiantes que repasaban apuntes justo al lado. Al poco, sedentes otra vez, asistimos a una sesión de tarde cinematográfica con la proyección de la película *España, la primera globalización* de José Luis López-Linares, presentada por Pedro Insua materializado por vía digital. Esperemos que pronto lleguemos a la intervención holográfica propiamente dicha para mayor verismo. A propósito del tónico masaje que recibimos los españoles presentes, tanto en nuestro hemisferio izquierdo como en el derecho, siempre nos quedaremos sin saber qué reacción y qué crítica habría recibido de Gustavo Bueno esta bien intencionada cinta, tan reconfortante para muchos.

El viernes, día de los famosos premios asturianos —y así andaban por la ciudad los reyes, la princesa y los muchos premiados con su enhorabuena de premiados—, comenzó con una mesa de conferencias con tres participantes cuyas intervenciones vamos a reseñar con toda seguridad tan injusta como someramente.

El historiador Francisco Erice formuló un contrafáctico que a más de un espectador se antojó modulada a modo de esperanza fallida, una que alguna vez pudo alumbrarse desde la izquierda de aquel entonces, de los años 70 en que quizá pudiera parecer que los partidos comunistas iban a ser la izquierda hegemónica. Y era este contrafáctico y esta esperanza la de un Bueno que hubiera renovado el marxismo (no sabemos si para que todo en el marxismo siguiera igual). Alguien podría sorprender un deje de melancolía en esta conclusión de Erice, pero lo cierto es que el Bueno real vio —y así lo afirmó explícitamente— que, por lo que se refería al marxismo, solo podía abandonarlo, aunque fuera del modo en que se abandonan estas cosas, al decir del mismo Bueno, siendo inevitablemente marxista, como se es inevitablemente tomista o aristotélico o spinozista.

Dicho sea de paso, hay más de un escenario de carácter contrafáctico en los relatos sobre Bueno (biográfico, ir a Madrid o a Valencia; doctrinal, si no hubiera abandonado el proyecto de una noetología...), pero seguramente en la obra de Bueno hay tensiones que tienen que ver con las necesidades que se dan el plano filosófico, y quizá sea cierto que en cada momento había tareas que eran las posibles y también las necesarias.

La intervención de Íñigo Ongay, muy aplaudida, muy sustanciosa, a este respecto podemos recordar qué pensaba Bueno sobre la libertad como elección, a saber, que la elección era la contraimagen de la libertad pues era más bien el escenario en que los determinismos operan con más claridad, ya se formulen en términos de un cálculo de costes y beneficios más o menos automático o se modelice con sujetos que siguen rutinas de las que no pueden dar cumplida cuenta. En cualquier caso, hasta los filósofos tienen que jugar en un escenario que ha sido bien representado en la llamada teoría sociológica del posicionamiento, a la que Ongay se acogió para desarrollar su discusión.

En cuanto a David Alvargonzález, solo sugeriré un breve apunte. Proponer una guía de primeras lecturas, asentada en una clasificación de las partes de la filosofía o de un sistema filosófico es también una toma de partido y supone avanzar una tesis positiva sobre el sistema del materialismo. Facilita una puerta de entrada al novicio, pero es también representar el sistema de una manera precisa, quizá entre otras, probablemente inferiores o menos potentes, pero posibles. Quiero decir con esto, que no se trataba la de Alvargonzález de una presentación didáctica, pero neutra, aunque así pudiera parecer. Había en ella más enjundia de lo que pudiera darse a primera vista.

Tras estas tres conferencias, se dio un tercer coloquio, el más nutrido demográficamente, en que se aportaron no pocas noticias y comentarios sobre «la obra de Gustavo Bueno desde la perspectiva de la enseñanza de la filosofía en España». Sobrará decir que a muchos de los ponentes los hubiéramos escuchado con gusto durante mucho más tiempo del que les fue concedido, pero la cortesía coloquial llevó a todos sin excepción a una brevedad dos o varias veces más buena a las alturas del programa en que nos encontrábamos.

Los congresos, jornadas, seminarios propician también reuniones o encuentros fuera de programa, en un *Off-Broadway* filosófico que en ocasiones aventaja a la cartelera oficial. Hacer la crónica de las mismas es asunto que se escapa de un relato tan precario como este a cuyo final el lector improbable está a punto de llegar. Los amigos y los profesores hablaron, algún maestro se reunió con estudiantes, no faltó quien vino con sus iniciativas, Gerardo Cornejo habló con muchos y publicó al poco

un artículo. Es posible que no poca sustancia pueda hallarse en tales intercambios, junto a la morralla interminable de la conversación prosaica. Que una y otra queden para quienes la disfrutaron o la comerciaron.

Mediado el día, la clausura fue musical y estuvo a cargo de la violoncelista Nina Rivas. La presentó sorpresivamente David Alvargonzález quien admiró a los presentes con su impecable pronunciación del quechua. En fin, los más melómanos pudimos disfrutar de la alegría del cielo en el tiempo preciso de la música. «*Chay takiqa hanaq pachamanta kusikuytam qun*», oí comentar a alguien detrás de mí, pero esto bien pudo ser una risueña alucinación auditiva.

Después, tras el segundo refrigerio meridiano de las Jornadas, cada cual se fue por su lado. Un grupo de irreductibles apuramos la tarde en un café. Ya señalé que era día de celebración en Oviedo, uno de esos días en que la Monarquía le da la mano a los más entusiastas o a los más pacientes de sus súbditos. El ministro de cultura andaba a sus afanes, tan vacía la intersección entre estos y la música polifónica del nuevo mundo, del viejo y de lo que haga falta. Que nunca la sombra de una idea manche las blancas sienas... Venían días de lluvia.

Referencias

- Bueno, Gustavo (2024), *Gustavo Bueno: 100 años. Entrevistas y conferencias*. Gijón, Fundación Gustavo Bueno/Rema y Vive.
- López-Linares, José Luis (2021), *España, la primera globalización*. España. Documental.